

Cinco ascensiones en los Picos de Europa

1 POR JOSE MARIA MOSTERIN
Y NESTOR DE GOICOECHEA Y GANDIAGA

21 de Julio de 1962: Un sábado y a las tres de la tarde, dejábamos Bilbao camino de Espinama por la carretera de Santander. Hacía una hora que habíamos cambiado el plan de ir a la playa por el de subir a los Picos de Europa.

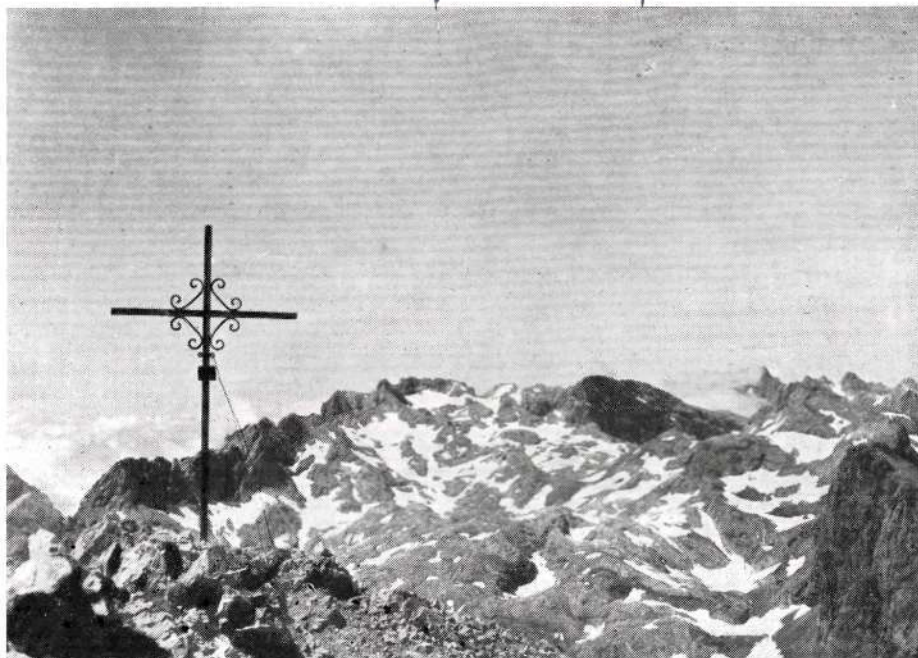
Tras un viaje de cuatro horas y media por Laredo, Torrelavega, San Vicente de la Barquera, Unquera y Potes, llegamos al pacífico pueblo de Espinama. Después de haber cenado tranquilamente y dar un merecido descanso al coche, ponemos rumbo a Aliva. El camino que hasta allí asciende más que una carretera es una pared vertical y tenemos que ayudar varias veces a nuestro coche para poder proseguir la marcha.

Llegamos al oscurecer al Parador de Aliva (1.900 m.), en el que no podemos pasar la noche por estar ocupado totalmente por turistas. Al final, unos excursionistas gallegos —a los cuales agradecemos su cordialidad— nos cedieron una de sus tiendas de campaña. A la noche bajo un sirimiri poco consolador y al calor del fuego, entonaron aquellos sus nostálgicas canciones, que poco a poco se fueron apagando hasta confundirse con el ruido de las cremalleras de los sacos de dormir, pues el sueño nos invadía a todos.

Día 22: Somos los primeros del campamento en despertarnos para poder llevar a cabo la tarea que nos habíamos fijado para este día: ascender a Peña Vieja (2.613 metros), por la cara sudeste. La niebla cerrada y el sirimiri, que no ha disminuído en toda la noche, nos inquieta un poco, pero tras un desayuno a la inglesa, preparamos una mochila con el material de escalada, comida y ropa suficiente para pasar, en caso necesario, una noche al raso.

Después de despedirnos de nuestros amigos gallegos, nos ponemos en camino hacia la pared sudeste de Peña Vieja cubierta totalmente por la niebla. Confrontamos la brújula y comenzamos a ascender por unos neveros hasta situarnos dentro de la pared. Una vez allí, previamente encordados y repartido el material, comenzamos la ascensión.

Flanqueamos un nevero a la izquierda y después de bastantes largos de cuerda, con pasos continuos de segundo grado y alguno de tercero, llegamos a la arista. Los 300 metros, aproximadamente, que habíamos realizado carecían de dificultad por lo cual, sólo empleamos la cuerda como seguro. Una vez en la arista el panorama no había cambiado; la niebla nos seguía envolviendo pero el sirimiri había parado, lo cual hacía más grata la ascensión.



El macizo de Llambrión desde la cumbre de Peña Vieja. Al fondo, a la derecha, las Peñas Santas del macizo occidental.

(Foto J. San Martín)

Después de un paso cuidadoso de cuarto grado al flanquear una aguja que sobrepasaba las demás de la cresta y pasar un ojo que la Naturaleza ha erosionado en la roca, desembocamos en un nevero, que en sus dos largos de cuerda no supuso dificultad alguna. Ya a esta altura el aire barrió la niebla y el sol, aunque un poco tarde, nos dio los buenos días.

Proseguimos la ascensión por unos canales hasta alcanzar la cumbre anterior a la de Peña Vieja y, una vez allí, por la fina arista de roca descompuesta, llegamos a esta cumbre, rematada por una cruz de hierro. Habíamos tardado cuatro horas en esta escalada, cuyo grado de dificultad técnica, a nuestro parecer, no sobrepasa al III.

Tras un breve descanso en el que saboreamos el poco café que aún quedaba en la cantimplora, comenzamos el descenso, y al encontrarnos con fuerzas suficientes decidimos escalar a continuación la Aguja de la Canalona, de III grado superior, lo que realizamos en breve tiempo.

La escalada empieza en una pedrera y tras un largo en flanqueo hacia la izquierda se llega a una chimenea, por la que ascendimos hasta desembocar en la horquilla. Dos largos más, muy bonitos y aéreos, nos condujeron a la cumbre.

Tras depositar nuestras tarjetas, montamos tres rappels que nos dejaron de nuevo en la base de la Aguja.

Contentos por la labor llevada a cabo, regresamos a Aliva y de allí en automóvil a Bilbao, a donde llegamos un poco tarde, por causa de un fallo del motor, que nos hizo pensar en montar un «vivac» en plena carretera.

28 de Julio de 1962: Justamente una semana después de la excursión que anteriormente hemos relatado, saliamos de Bilbao camino de Potes para subir de nuevo a los Picos de Europa.

Recogida en Potes la llave del refugio «Verónica», reemprendemos el viaje a Espinama, donde nos detenemos a cenar. Continuamos el viaje hasta el collado de Juan Toribio, donde dejamos el automóvil y proseguimos a pie con nuestras mochilas al hombro.

Durante el camino vamos contemplando nuestra escalada anterior a Peña Vieja, que a causa de la niebla no pudimos apreciar en conjunto en la excursión pasada. Con paso ligero, pues la noche se nos echaba encima, llegamos al refugio «Verónica», en el cual pensábamos pernoctar. La noche pasó rápida bajo la cúpula del refugio, totalmente ocupado por montañeros que aprovechaban el fin de semana para practicar su deporte favorito.

Día 29: Amaneció un día estupendo. Desde la puerta del refugio contemplamos la pared sur de Horcados Rojos; estaba incitante y por eso decidimos atacarla.

Tras un breve desayuno, preparamos un cordino de nylon de 60 metros como cuerda de ataque y otro de 40 metros, de 5 mm, como cuerda de unión, y un manojo de diferentes tipos de clavijas, mosquetones y nuestros respectivos martillos.

Comenzamos la ascensión a unos 40 metros a la derecha de la cueva de Bustamante, lugar donde se puede dormir si no se tiene la llave del refugio «Verónica». Los primeros 60 metros los realizamos sin encordarnos y constituyen un flanqueo ascendente hacia la derecha sin ninguna dificultad. Al final de estos primeros metros, nos encontramos con un muro vertical; debajo de este y debidamente encordados, comenzamos la escalada.

Desde este punto, la vía hace un flanqueo hacia una oquedad de roca rojiza situada a nuestra izquierda; superada verticalmente, nos encontramos con la primera clavija de seguro y de ahí se flanquea nuevamente hacia la derecha, donde encontramos una fisura con el comienzo desplomado. Pasada ésta, realizamos la primera reunión. El largo descrito es de cuarto grado superior en roca buena.

Seguidamente en dos largos y por unos canales que terminan en llambria, se llega a lo alto del espolón. Desde él seguimos directamente hasta encontramos con un desplome (—un taco y una clavija, ambos de seguro—), que superamos haciendo un flanqueo de un metro a la derecha y atacándole de frente. En él existe una clavija de seguro. Es un paso de V grado en roca firme, en el que sufrimos un pequeño percance por haberse enredado la cuerda de ataque en la clavija de seguro y tuvimos que hacer un rappel de 3 metros con la cuerda de unión para poder proseguir la marcha.

Unos metros más arriba, nos encontramos con el segundo voladizo, de V grado superior, el cual tiene otra clavija de seguro. Superado este paso, se desemboca en una plataforma donde realizamos una nueva reunión.

Se sigue la ascensión por una chimenea de unos 30 metros y de IV grado, un poco colgada en su comienzo, la cual finaliza en una gran plataforma. Tras un breve descanso proseguimos la escalada.

A la derecha de la plataforma, se yergue una estrecha chimenea, la cual se desploma y termina en fisura. Debajo del pronunciado desplome se encuentra un taco de poca consistencia por picar apenas la roca. Bajo este desplome se pasa a la izquierda a una pequeña repisa, sin agarres para las manos, para volver nuevamente a la fisura una vez superado el desplome. Los tres o cuatro metros

que siguen en la fisura son verdaderamente difíciles y al extremo de las posibilidades, pues su roca es completamente lisa y vertical.

Una vez superado este largo, seguimos por unos canales, en los cuales hay algún paso de IV grado y en otros tres largos alcanzamos el terreno fácil, por el cual con la cuerda en anillos y progresando ambos a la vez, llegamos a la cumbre.

El descanso que disfrutamos en ella lo teníamos bien merecido, por las cuatro horas de escalada que acabábamos de realizar en la cara sur de los Horcados Rojos, escalada de V grado superior completamente libre.

Emprendimos inmediatamente la vuelta al refugio para preparar la comida. Y haciendo nuevamente las mochilas nos pusimos en camino hacia Aliva para regresar a Bilbao.

A la hora de cenar estábamos tranquilamente en casa contando nuestra escalada a la torre de los Horcados Rojos por su cara sur, y que, según creemos, es la quinta vez que se realiza.

11 de Agosto de 1962: Nuevamente nos encontramos cenando en Espinama, y tras una hora escasa, estamos con las mochilas al hombro camino de la Vega de Urriello.

Al alcanzar el collado de Horcados Rojos, la obscuridad era casi completa, y debido a esa razón y a que desconocíamos el terreno sufrimos un pequeño despiste; pues bajamos al jou de los Boches directamente desde allí, y lo que al principio era una pedrera se nos fue convirtiendo en una vertical pared, que la descendimos por medio de un rappel, de una clavija que sería de algunos despistados como nosotros y que dimos con ella por casualidad, en medio de aquella obscuridad.

Aquí, no acabó todo, pues finalizado el rappel, tuvimos que destrepar por un nevero de bastante inclinación y endurecido por el frío de la noche, lo cual por realizarlo con mucha confianza, nos proporcionó un pequeño susto que a D. g. acabó sólo con algunos rasponazos totalmente superficiales.

A media noche llegamos al refugio de Urriello, donde descansamos en compañía de dos escaladores madrileños —Ugalde y «Huracán»—, con los cuales realizamos la ascensión del día siguiente.

Día 12: Tras levantarnos y saciar nuestro apetito, ponemos rumbo a la cara sur del Naranjo de Bulnes (2.505 m.), por el canal de la Celada, el que lo bordea por su izquierda.

Una vez en la base y encordados, comienzan primeramente la escalada la cordada madrileña, pues Ugalde la conocía por haberla realizado anteriormente.

La vía sur-directa, de 4.º grado superior, comienza hacia la mitad del paredón sur del Naranjo. Se asciende un largo verticalmente hasta una buena plataforma, de la cual se realiza un flanqueo ascendente hacia la derecha y en dos largos se llega a la denominada gran plataforma, la que se encuentra con una pequeña inclinación hacia el vacío.

De esa, por la pared que varía en unas candelas, se llega en un largo de cuerda al conocido paso de los canalizos, los cuales con un poco de cuidado se superan desembocando al gran anfiteatro; del que se alcanza rápidamente y sin dificultad la cresta situada de oeste a este, por la que se llega a la cumbre.

Después de anotar nuestros nombres en el registro comenzamos el descenso, del cual, lo peor es encontrar la clavija de rappel; una vez hallada cinco rappelles

nos condujeron a la base. De ella, nuevamente al refugio, en cuya campa delante pasamos tranquilamente la tarde, después de despedirnos de los dos amigos madrileños que volvían hacia el refugio «Verónica». La noche se nos echó enseguida y tras preparar la cena nos sumergimos en nuestros sacos de dormir.

Día 13: El viento nos sirvió de despertador. Tras preparar el material que íbamos a emplear en la escalada, nos dirigimos hacia el espólón noroeste del Naranjo, el cual íbamos a escalar, escogiendo después la chimenea de Pidal, de la cara norte, para llegar a su cumbre.

Comenzamos a la izquierda del colector de aguas de la pared norte; escalamos dos largos en terreno fácil hacia la arista derecha del espólón y proseguimos

*La cara sur
del Naranjo
de Bulnes
desde Collada
Bonita.*



*(Foto
J. San Martín)*

por ella unos 20 metros más, hasta realizar una travesía descendente que nos condujo a la canal formada en mitad del espolón. Proseguimos por ella durante tres largos, al último de los cuales corresponde una chimenea colgada en el vacío, a cuyos pies se distingue una fisura la cual tuvimos que escalarla anteriormente. Ambos largos de cuerda son los más dificultosos hasta llegar a lo alto del espolón; al cual llegamos en dos largos más por canales de piedra descompuesta.

Una vez en lo alto del espolón se cambia el rumbo noroeste por el de norte. Y tras dos largos de cuerda en roca fina se llega a la gran cornisa, de la cual se realiza un flanqueo ascendente en dirección derecha hasta alcanzar la chimenea de Pidal, (de las dos de la pared norte, la de la izquierda). Dentro de ella tomamos la chimenea de la izquierda, que en un largo vuelve a unirse con la de la derecha en una gran plataforma.

Se sigue la ascensión por un largo muy bien clavado en cuya parte superior sobresale un voladizo de 5.º grado inferior, el que se supera directamente.

Durante cuatro largos más, por terreno fácil combinado con llambrias alcanzamos la cumbre. Habíamos superado un desnivel de 500 metros, longitud de la vía de 5.º grado inferior, la que habíamos realizado empleando el tiempo de cinco horas. Después de realizar los mismos rappes del día anterior, llegamos nuevamente al refugio, donde dormimos tranquilamente después de realizar estas escaladas.

Día 14: Ya estamos nuevamente camino del refugio «Verónica», atravesando el jou sin Tierra y contemplando a los Rebecos que en él pacen. Se nos acaba la estancia en los Picos de Europa y ya en la carretera, camino de Bilbao, nos despedimos de Picos y de sus múltiples escaladas, hasta un nuevo año.

La primera escalada a la Torre de los Horcados Rojos por la cara sur, fue realizada en el año 1958 por la cordada: Angel Landa, José María Regil y Pedro Udaondo.

El espolón noroeste del Naranjo de Bulnes fue escalado por primera vez en el año 1959: Andrés y José María Regil.

La segunda parte de esta escalada, la chimenea de la pared norte, fue realizada por los primeros escaladores al Naranjo de Bulnes: D. Pedro Pidal (Marqués de Villaviciosa), y Gregorio Pérez (el «Cainejo»); en el año 1904.